

la problemática de toda una generación de militantes. Ahora, al cabo del tiempo, y sin que en España hayamos podido conocer la mayor parte de sus películas intermedias, nos llega esta "Renata" disuelta en la estructura de una historia de amor sin fuerza y sin imaginación, por mucho que el mismo Vancini de antes haya pretendi-

do situarla en el panorama de la lucha política contra el fascismo y que alguno de los personajes cambie su perspectiva de esa historia de amor en función de un compromiso político antifascista. Pero estas son notas colaterales a la película, "adorno" de identificación personal que no afectan en lo fundamental de las idas y venidas

de los dos amantes —ella, viuda de más de cuarenta años; él, jovencito ilusionado y apasionado.

"Renata" es, por otra parte, una película monótona y previsible, sin capacidad para ofrecer un nuevo punto de vista sobre las dificultades de esos amores no apoyados por el entorno social. Tennessee Wi-

lliams ha ido siempre más allá, aunque en ocasiones se haya dejado también seducir por la literaturización de situaciones y aspectos anecdóticos. El sentimentalismo de Vancini no supera al de un ejecutivo que cumple su función artesanal poniendo la cámara en los lugares donde la acción quede retratada con frialdad, para que pueda seguirse la anécdota como se sigue la retransmisión de una parte meteorológica. Renata, es decir, nata por partida doble. Y nada más. ■ D. G.

ADIOS A LAS LETRAS



Literatura inexplicable

Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas e Iris M. Zavala me han hecho bajar de las nubes en que me había colocado junto con un volumen de Susan Sontag, *Contra la interpretación*, y a favor de las corrientes que indicaban que la literatura era hermosa e inexplicable, como la propia vida humana.

Ellos han encontrado la gallina de los huevos de oro siguiendo a Carlos Marx, agentrándose en los vericuetos de Lukacs, rebuscando entre las cenizas interpretativas de los profesores que en el mundo han sido.

Explican la génesis de la literatura. Esa explicación ardorosa, estimable en extensión, amable en cantidad, es una explicación profesoral que, justamente, responde a los que no han mirado la creación literaria desde ese punto de vista.

La literatura, dicen, respondiendo a nuestro castizo Azorín, puede explicarse. El misterio del escritor no es insondable: lo que ocurre alrededor puede estar en el barro en el que el creador moja su pluma.

El ejercicio que los tres hacen demuestran que sí, que es así, que la literatura se puede explicar, y de ese modo han llegado a una extensa *Historia social de la Literatura española*.

A mí me ocurre con las explicaciones de la literatura que las creo todas. Hasta ahora había vivido muy feliz en mi nube con la actitud de Susan Sontag, distante crítica de la interpreta-

ción crítica. A partir de ahora viviré bajo los efectos incommensurables de este texto profesoral y sistemático, que me recuerda, en su extensión y en su meticulosidad, el esfuerzo realizado por el político Oscar Alzaga para darnos mil páginas de interpretación de la Constitución española de 1978.

No sé hasta cuándo va a persistir mi perplejidad. Puede alcanzarme hasta el final de mis días, puede subrayar mi vida con una claridad inexpugnable. Basta ya de nubes surrealistas, de misterios en el organismo del escritor. La literatura española está ahí, con sus visceras al aire, dotada de todos sus cimientos sociales, dispuesta a ser vista sin visillos.

Procuraré, entonces, tratar de leer de nuevo *Finnegans Wake*, de James Joyce, adaptando para entender al irlandés la metodología que nos otorgan estos profesores hispanos para aclarar *backgrounds* sociológicos de los autores españoles.

La crítica es una ciencia, la crítica no es una emoción. Son bisturíes implacables que caen asépticos sobre la obra literaria y desmienten las esperanzas que personajes como D. H. Lawrence tenían de pasar inadvertidos, en lo hondo, ante esos personajes de bata blanca y diccionario múltiple que se acercaran a sus novelas y descubrieran quién, efecto, era el objeto de las obsesiones de este novelista de Nottingham, cuya casa vieja y abandonada es visitada a diario en la ciudad inglesa por una dama desdentada que alguna relación debió tener con tan egregio idealista de la creación.

O sea, que aún estoy entre la nube de Sontag y la interpretación de los tres críticos castellanos. De una cosa sí sale uno perfectamente convencido ante estas confrontaciones críticas: como la novela, la crítica está viva, y en este país no se han olvidado los lectores de que los intérpretes profesionales tienen su parcela bien ganada. Yo auguro un brillante porvenir polémico a este largo ensayo cuyos dos tomos tengo ahora encima de la mesa junto a un poema viejo de T. S. Eliot: "Inquilinos, / pensamientos de un cerebro seco en una estación seca también". Blanco, Puértolas y Zavala han debido de disponer de un cerebro fluido y de varias estaciones frescas para poner en marcha el mecanismo intelectual que les ha permitido afrontar este largo ensayo a favor de la interpretación. ■ SILVESTRE CODAC.

"¿Quiere ser el amante de mi mujer?"

Alguna crítica francesa ha calificado esta película de misógina. A mí me parece todo lo contrario; caso de ser algo, esta obra de Bertrand Blier es la explicación de la estupidez masculina cuando se empeña en considerar a la mujer como un ser "standard" al que siempre hay que tratar con una impecable eficacia erótica y poco más. El personaje femenino de "¿Quiere ser el amante de mi mujer?" recuerda en ocasiones a aquel otro del mediometrage de Antonio Drove, "¿Qué se puede hacer con una chica?", ya que durante toda la primera parte de la película está visto sólo a través de dos hombres que no saben cómo comunicarse plenamente con ella. Bertrand Blier continúa la historia interrumpida por Drove y explica finalmente de qué forma esa mujer puede encontrar una realización mayor: precisamente en los aspectos que el machismo de sus compañeros no ha considerado válidos para ella. Esta es, digamos, la clave de la película.

Sin embargo, Bertrand Blier, que se revela aquí como un excelente realizador de comedias, mucho más depurado y sutil que en aquella hortez titulada "Los rompepelotas" (su título anteriormente estrenado en España), no puede todavía desprenderse de un afán infantil de hacer gracias a cualquier precio. En aras de la supuesta (o real) comicidad de algunos pasajes de la película, sacrifica una mayor coherencia entre sus